

Al salir de la estancia volvieron á embarcarse, y el Emperador desistió de pasear por la isla, decidiéndose, en cambio, por ir á la ciudadela. Aquella noche concedió varias audiencias, mientras la población se iluminaba como la víspera y la gente bailaba en las bocacalles.

En tanto que el vencedor de Austerlitz iba á convertirse en pastor y, como el depuesto Apolo, apacentar sus ganados; en tanto que en aquel rincón del Mediterráneo, bajo el cálido cielo de Italia, le tributaba su exiguo pueblo triunfal é ingenuo recibimiento, Luis Estanislao Javier de Borbón, llamado Luis XVIII, entraba en París, y el 3 de Mayo, el mismo día en que Napoleón arribaba á la isla de Elba, recibía en la barrera de San Dionisio las llaves de la capital. En una carretela de muelles, blasonada con las flores de lis y arrastrada por ocho caballos blancos, empenachados con plumas de avestruz, bajaba por los arrabales de la ciudad, en dirección á la puerta de San Dionisio, y después de oír en Nuestra Señora el *Domine salvum fac regem*, frente al mismo altar en donde el Papa había consagrado diez años antes al usurpador, entraba en las Tullerías.

* * *

La lenta travesía de Fréjus á la isla de Elba descansó al Emperador de su fatigoso viaje á través de Francia, de modo que experimentaba imperiosa necesidad de movimiento.

Los cortesanos se disponían á irse á la cama (pues nadie se había acostado la noche anterior), cuando, hacia media noche, mientras los vecinos de Porto-Ferrajo se retiraban á sus casas y las gentes del campo volvían á sus pueblos á la luz de las antorchas, el Emperador llamó al mariscal Bertrand, al general Dalesme y al señor Pons, á quien expuso el deseo de ir á visitar las minas al día siguiente y de almorzar en su casa á las nueve de la mañana. Bertrand manifestó que aquello era imposible, el general Dalesme se puso á las órdenes del Emperador, y el señor Pons prometió que la mesa estaría á punto, con recepción oficial, á la hora señalada (1).

(1) PONS DE L'H., pág. 45.

Inmediatamente ensilló Pons su caballo, tomó una linterna y emprendió la marcha á través de la isla, en plena noche, para disponer comida y recibimiento dignos del huésped que á sí mismo se anunciaba. Antes del alba mandó echar redes al agua y los pescadores tuvieron la suerte, atribuida por ellos á hechicería, de renovar la milagrosa pesca del Evangelio, cogiendo un pez que pesaba más de veinticinco libras. Pons mandó llamar á un jardinero para que le adornara el patio de su casa.

A las cinco de la mañana salió el Emperador de Porto-Ferrajo con su séquito. Al llegar á Río, las embarcaciones del puerto izaron sus pabellones, los buques mercantes encendieron las mechas de sus bombardas, se dispararon escopetas, y los mineros, alineados sobre el talud del camino, con el pico al hombro, prorrumpieron en estruendos vivos. Un grupo de señoritas se adelantó hacia S. M. para besarle la mano, y el alcalde de Río Montaña, que en otro tiempo había tomado parte en la matanza de franceses, hincó una rodilla, murmurando: *In te, Domine, speravi*.

Pero no estaba todo previsto. En el jardín improvisado por el administrador de las minas, abundan las flores de lis, y al ver el Emperador aquel símbolo de los Borbones, aquel abominado lirio traído á Francia en los furgones extranjeros, exclama con amenazadora sonrisa: «¡Linda muestra de hospedaje!» Turbóse Pons, y una inoportuna manifestación de los mineros le pone en mayor aprieto. Llama al Emperador «Señor duque», después «Señor conde» y, por último, «Señor» á secas. Hubiera querido meterse cien metros bajo la tierra. El general Drouot fué á tranquilizarle al otro día, diciéndole que quedaba confirmado en su empleo. Napoleón comprendía que los rendimientos de las minas, uno de los principales recursos del presupuesto del Estado, debían estar en honradas manos.

El Emperador visitó varios municipios de la isla. El general Bertrand, deseoso de forjarle la ilusión de que era soberano de un gran pueblo, ponía en movimiento todas las gentes disponibles para recibirle y aclamarle; pero su augusto amo, que veía siempre las mismas caras, no cayó en el engaño, aunque nada dijo, por no contrariar al gran mariscal. Sin embargo, en todas estas excursiones llevaba escolta de dos chambelanes, dos ordenanzas, un capitán de milicias, el

subprefecto Balbiani, promovido al empleo de intendente general de la isla, el general Bertrand, un teniente de la fragata inglesa, el comisario inglés Campbell y un ayudante del comisario austriaco. Los pueblos levantaban arcos triunfales, con ramaje de castaño y encina; niños y muchachas alfombraban de flores su camino; los vecinos disparaban escopetas, culebrinas y bombardas; los concejales le salían corporativamente al encuentro, y el clero le cobijaba bajo el palio de la parroquia. En las comidas convidaba á los vecinos de más viso, que no cabían en sí de orgullo. Marciana Marina, que le había quemado en efigie, le recibió con entusiasmo y dispuso un *Te Deum* para no ser menos que la capital (1).

También visitó Napoleón los fuertes, examinó las torres, subterráneos, baluartes, almacenes y depósitos. Recorrió los puntos estratégicos, unas veces á pie, otras á caballo, en caminatas de diez horas seguidas, con un sol capaz de matar á un buey. Al cabo de quince días, todo el mundo echaba los bofes. «Tan sólo él parecía descansado y dispuesto. Da órdenes siempre apremiantes. Todos sudamos el quilo (2).»

* * *

Era necesario escoger morada.

Porto-Ferrajo no tenía palacios, ni siquiera habitaciones medianamente á propósito. El Emperador estaba alojado en la Casa Municipal, en algunas piezas alhajadas con muebles alquilados á vecinos de buena voluntad; pero, aunque según el deseo de la municipalidad, estaba allí «en medio de su pueblo», no se veía muy á gusto, porque no le dejaban ni un momento tranquilo y estaba expuesto á promiscuidades demasiado familiares y á efusiones nacidas de loables sentimientos, pero embarazosas para la majestad real. Por otra parte, las casas desaguan en el mismo arroyo y despedían hedores que, si no

(1) PONS DE L'H., págs. 28 y 82; CAMPBELL, pág. 84; PEYRUSSE (*Apéndice*), pág. 25: «Nota de los gastos hechos por el alcalde de Longone con motivo de la visita de S. M.: 70 francos.»

(2) PONS DE L'H., págs. 67 y 300; CAMPBELL, pág. 98; FABRY, pág. 76.

ofendían el olfato de los vecinos, le recordaban á Napoleón los establos de Augias.

Pensó habilitar para residencia uno de los cuarteles de la ciudadela, en donde hubiera podido estar reunida toda la corte, pero el mariscal Bertrand se opuso á tal proyecto, diciendo que estaría mucho mejor cada cual en su casa. El Emperador resolvió, por fin, derribar un montón de casuchas y molinos de viento que embarazaban la meseta de la colina de Porto-Ferrajo, y aprovechar dos pabellones ocupados entonces por los ingenieros y artilleros para enlazarlos mediante un pabellón central. Allí se levantó el «Palacio de los Molinos», como le llamaron los elbenses en recuerdo de los derribados molinos de viento.

El Emperador trazó el proyecto del edificio, dió las plantillas á los albañiles y carpinteros, y metió las manos en el yeso húmedo y en las pinturas pegajosas (1).

Convenía acelerar la obra y reunir lo útil á lo agradable. En el entresuelo se abrió un espacioso salón, cuyo destino expuso el propio Emperador al mariscal Bertrand, diciéndole: «Esta pieza servirá de salón de espectáculos, cuarto de baño y comedor para mí y para mi casa. Al efecto, dispondréis que haya techo de tela, seis ventanas con celosía y un escenario levantado sobre caballetes de tres pies de altura. Que pongan un billar, y en el extremo se habilitará el cuarto de baño. Por medio de un biombo podrá quedar el salón dividido en dos. También ha de servir para fiestas, y con este objeto será necesario colocar arañas y algunas mesas de mármol para refrescos. De esta manera satisfará todas mis necesidades.» A mediados de Junio, en vista de que las obras se prolongan demasiado, ordena á Bertrand: «Decidle al arquitecto que todo ha de quedar listo para la semana que viene (2).»

El entresuelo del palacio no está ya como entonces. El Emperador tenía allí su aposento, que comunicaba con la sala precedente por una puerta de escape.

Ocupaba el centro del primer piso un gran salón con cuatro ventanas que daban á la ciudad y otras cuatro al mar.

(1) PONS DE L'H., pág. 147.

(2) *Correspondencia imperial*, 21. 578.—El biombo se colocó en Noviembre: «24 Noviembre. Presupuesto de un biombo: 438'64 francos. El Emperador anotó al margen: Aprobado por 400 francos, y firmó: Napoleón.» (PEYRUSSE (*Apéndice*), pág. 47, nota 81).

El Emperador no tenía muebles; pero, en cambio, no faltaban por allí cerca, en el palacio de Piombino, que pertenecía, ó más bien había pertenecido, á su hermana Elisa, y sin reparar en escrúpulos, por más que el palacio estuviese á la sazón enclavado en territorio austriaco, «despachó un buque con orden de apoderarse de los muebles». La expedición tuvo feliz éxito, y para acallar las protestas del comisario de Austria, se le entregó «una relación pormenorizada de todo cuanto el proveedor había tomado por cuenta de Su Majestad». Se trajeron del palacio de Piombino hasta las celosías de las ventanas y el entarimado de los suelos (1).

Una tempestad propicia trajo lo que todavía faltaba. El príncipe Borghese, marido de Paulina Bonaparte, se había visto precisado por motivos políticos á salir de Turín, y en consecuencia, consignó á Roma parte de su mobiliario en un buque genovés. La tormenta arrojó la nave á la isla de Elba, y advertido el Emperador, no se tomó el trabajo de escoger lo mejor de entre lo bueno, sino que se apoderó de todo el cargamento de muebles como reserva para el porvenir, diciendo: «Al fin y al cabo, no saldrán de la familia». Sin embargo, «mandó peritarlo todo», y el príncipe Borghese tuvo el consuelo de recibir, si no los muebles, á lo menos el inventario. Para los cortesanos compró el Emperador los muebles de los oficiales que, por pertenecer á la guarnición anterior, se marchaban de la isla.

Faltaba aún proveerse de ropa blanca y de color. El gobierno provisional había mandado decomisar el 10 de Abril, en Orleans, los furgones que conducían el tesoro y equipaje personales del Emperador, con toda la ropa blanca y valiosos uniformes de terciopelo y seda recamados de oro. Tan sólo le dejaron seis docenas de camisas (2). Vendióse por entonces en la isla un cargamento aprehendido, y el Emperador nombró dos comisarios con encargo de reservar para él, á precio corriente, cuantos géneros le conviniesen. «Telas de algodón

(1) VINCENT, págs. 193 y 194; PONS DE L'H., pág. 140; CAMPBELL, págs. 65 y 85; PEYRUSSE, pág. 236, y *Apéndice*, pág. 16, nota 10, y pág. 34, nota 44.—La expedición costó 3.282 francos. Elisa Bacciochi había recibido en 1805 y 1806 por donación del Emperador, los principados de Luca y Piombino.

(2) MENEVAL, II, pág. 184; DURAND, pág. 244. La ropa blanca que el Emperador tenía en Fontainebleau se embolsó antes de su salida en los furgones de la Guardia, y llegó á Porto-Ferraio el 26 de Mayo. Todavía no estaba desembalada á fines de Julio. (Registro de la isla de Elba, núm. 31).

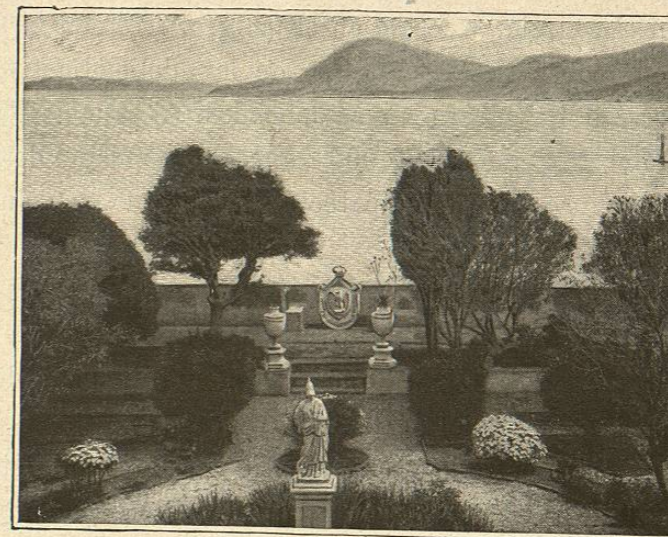
para chaquetas y pantalones; de percal, para cortinillas de vidriera; de muselina, para mosquiteros, y paño verde para tapetes de mesa y libreas de lacayo (1).»

Una vez instalado el Emperador en los Molinos, dió la fiesta inaugural, á que asistieron por invitación las más conspicuas señoras de la isla. Napo-

león se las hizo presentar una por una y les preguntó cómo se llamaban, si eran casadas y cuántos hijos tenían (2).

Después de esta fiesta se establecieron rigurosas reglas de etiqueta palatina, de modo que «el Rey», á quien se le seguía

llamando «el Emperador», no recibió á nadie sin previa solicitud de audiencia, y así pudo ocuparse con más desembarazo en su instalación definitiva y en organizar el gobierno de su pequeño Estado.



Jardín y terraza del palacio de los Molinos.

* * *

Muy diversos elementos componían la corte real.

Bertrand y Drouot eran dos reliquias de la grandeza caída. Bertrand, promovido á mayordomo mayor de Palacio, por muerte de Duroc en la batalla de Wurtzen, no se había separado de Napoleón desde la campaña de Egipto, y quiso acompañarle en la isla de Elba,

(1) *Correspondencia imperial*, 21. 530.—Este cargamento sería sin duda el de algún buque mercante capturado por los ingleses durante la última guerra.

(2) PONS DE L'H., pág. 147; CAMPBELL, pág. 81; FABRY, pág. 79.—El Emperador había dado otra fiesta el 16 de Mayo, con motivo de su llegada á la isla.